

caridad que difundió en el de los apóstoles y los primeros cristianos: él es quien les llena de luz, de fuerza y de virtud; quien inspira el celo á los Pastores, la mortificación á los penitentes, la castidad á las vírgenes; en una palabra, el Espíritu Santo es aquel de quien viven siempre todos los verdaderos cristianos.<sup>1)</sup>

20. Sería necesario, hijos míos, dar á esta carta una extensión prodigiosa, para explicar detenidamente cuanto en sí contiene y encierra el dogma que nos inculca la Iglesia en el octavo artículo de su Símbolo. Voi pues á concluirla recapitulando con brevedad los principales puntos que he tocado; pues así podréis retener mejor tan importante doctrina. “En este artículo del Credo profesamos todos en su integridad la fe en el Espíritu Santo, y por tanto debemos creer que él es la Tercera Persona de la Trinidad Santa, que procede del Padre y del Hijo como de un principio; que es Dios y tienetodas las perfecciones de Dios; que sin embargo de ser una Persona distinta, no tiene una naturaleza y una sustancia distinta del Padre y del Hijo, sino que con estas otras dos Personas constituye una sola naturaleza, un solo Dios; que todas las perfecciones que convienen á Dios, convienen al Espíritu Santo; que es eterno, inmenso, omnipotente, Criador, &c., como Dios; que es á quien incumbe especialmente el atributo de la vida, y por eso se llama en el Símbolo *vivificador*; que es el Paráclito ó consolador, porque de él nos vienen los consuelos espirituales en las grandes aflicciones; que es Don del Altísimo, porque nos le da el Padre, nos le da el Hijo, se nos da él mismo, y con él todas las gracias y virtudes que se designan con el nombre de Dones del Espíritu Santo; que inspiró á los autores de los Libros Santos; que habló por la voz de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas; que se explica por la de la Iglesia católica, consagrando de este modo su infalibilidad; que descendió sobre los apóstoles, como estaba prometido; que les comunicó todos sus Dones; que consagró con su inspiración la palabra apostólica que fué predicada á toda criatura; que es comunicado por la sagrada ordenación á todos los sucesores de los apóstoles; que lo es á los fieles por la participación de los Santos Sacramentos; y por tanto, que gobierna y dirige á la Iglesia, ya en el orden de su autoridad, ya en el *gran cuerpo de los que obedecen*.<sup>2)</sup>

21. ¡Ojalá una instrucción tan importante no se aparte nunca de vuestra mente, no sea estéril para vuestro corazón, hijos míos; sino ántes bien, que meditando con frecuencia un misterio tan fecundo en riquezas divinas, os ministre constantemente cuanto habéis menester como verdaderos cristianos á fin de llenar en la tierra las condiciones que Dios ha querido poner para dispensaros en su reino los bienes infinitos y perdurables gozos que tiene prometidos á la perseverancia final de los que le aman y sirven en esta vida, para verle y gozarle en la otra!

1 *Duclot*: Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne. Disc. 32.

2 Todo lo que va puesto aquí entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi obra intitulada: *Exposición de la doctrina católica sobre los dogmas de la Religión*.

## PRIMERA PARTE

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

### TRIGESIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

*Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.*

No sabéis vosotros que sois el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

I. Cor. Cap. III, v. 16.

1 No basta saber, hijos míos, lo que la santa fe católica nos enseña sobre el Espíritu Santo en el adorable misterio de la Santísima Trinidad; no basta saber que esta Divina Persona inspiró á los Autores de todos los Libros que componen la Santa Escritura; que es el principio de la vida por especial atribución suya; que fué prometido á los apóstoles por el mismo Jesucristo y bajó en efecto sobre ellos, llenándoles de su luz y virtud, para que fuesen las primeras columnas de la Iglesia católica: es necesario no perder nunca de vista la acción del Espíritu Santo sobre toda la humanidad redimida, saber que por él nos comunica Dios sus Dones perfectos; que descendió del Cielo, no solamente sobre los apóstoles, sino también sobre los verdaderos fieles, y que esto se verifica, no solo una vez, sino muchas; de manera que la comunicación del Espíritu Santo á nosotros es una institución de Jesucristo en la tierra. Cuando Su Majestad dijo: “Derramaré mi Espíritu sobre ellos,” prometía este rico tesoro, no solamente á los apóstoles, sino también al incontable número de los fieles. Cuando dijo que no entraría en el reino de los cielos el que no renaciese del Espíritu Santo y la agua, claramente nos enseña que de este Divino Espíritu recibimos en el Bautismo la vida de la gracia y la riqueza de sus Dones. Cuando se administra el Santo Sacramento de la Confirmación, se invoca al Espíritu Santo, para que descienda sobre los que le reciben, como bien lo sabéis. Por esto el apóstol San Pablo, queriendo ponderar la grandeza de

los cristianos con el solo hecho de serlo, y toda la majestad de que la gracia nos reviste desde el momento mismo en que recibimos el primero de los santos sacramentos, no duda presentarles á su propia fe como otros tantos templos del Dios vivo, en los cuales habita el Espíritu Santo: *Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis.*

2. Ya sabéis, hijos míos, que la bienaventuranza, ó sea el perdurable gozo de Dios nuestro Señor despues de esta vida mortal, es el último fin de nuestra existencia en la tierra; que para llegar á este último fin, es indispensable del todo poner en práctica los medios que á él conducen; que estos medios consisten en el exacto cumplimiento de la Lei de Dios, la cual regla el modo con que habemos de servirle; que á Dios se sirve principalmente con obras de fe, esperanza y caridad; que estas tres divinas virtudes renuevan en cada uno de nosotros al hombre interior, dándole capacidad para conocer y hábito para creer las verdades reveladas, fuerza interior para obrar conforme á la creencia esperando las promesas y guardando los preceptos; que estas virtudes vienen á nosotros, no en consecuencia de nuestras disposiciones naturales, sino porque Dios mismo las infunde. Para renovarnos, pues el Señor, haciéndonos pasar de las tinieblas de la ignorancia y el error á la luz de la verdad, de las debilidades de la naturaleza á la fuerza de la gracia, y de la muerte moral causada por el pecado á la vida de la caridad, tuvo cuidado de suplir cuanto á la naturaleza faltaba con la comunicacion de sus Dones.

3. Nada pues tan importante, fuera de lo que os llevo explicado, como daros á entender los maravillosos efectos de esta residencia del Espíritu Santo dentro de nosotros. Ella se manifiesta, hijos míos, en esas cualidades sobrenaturales que se nos infunden en el alma para nuestra perfeccion y santidad gratuitamente por este Divino Espíritu, y llevan en consecuencia por nombre *Dones del Espíritu Santo*: son dones, porque se nos dan gratuitamente y constituyen un verdadero tesoro; y son del Espíritu Santo, pues á esta Divina Persona se atribuye, como bien sabéis, la inmediata comunicacion de la gracia. Cuando el cristiano sabe aprovechar esta riqueza, comprando con ella y conservando y fecundando las virtudes, adquiere un bienestar inefable, una serie de goces dulcísimos, que por venir de la misma fuente, se llaman *Frutos del Espíritu Santo*. Son siete, como bien sabéis, los Dones del Espíritu Santo, de los cuales cuatro conducen á formar nuestro entendimiento y tres á santificar nuestra voluntad: de manera que todos ellos están acomodados perfectamente á las dos grandes facultades de nuestra alma para ilustrarla, dirigirla y santificarla. Para daros pues acerca de todo esto una instruccion metódica y suficiente, voi á explicaros aquí: en primer lugar, los Dones con que este Divino Espíritu perfecciona y enriquece nuestro entendimiento; en segundo, los que dirige á la perfeccion de la voluntad, y por último, los efectos de unos y otros bien correspondidos en los goces de una alma que se conserva en gracia y santidad.

## I.

4. El pecado, hijos míos, no solo corrompe el corazon, sino tambien ciega el enten-

dimiento, debilita el influjo de la razon y avasalla el espíritu á los sentidos y á las pasiones. La reforma del hombre moral debia comenzar por lo mismo con la del hombre intelectual, como el paso hácia el bien presupone la verdad conocida y amada. El hombre ha tenido siempre entendimiento, y por lo mismo ha sido capaz de conocer algunas verdades, de ejercer sobre ellas su propio juicio, de atinar con algunas reglas para su conducta; pero esta disposicion de la naturaleza, resintiéndose de sus vicios propios, no podia extirparles y regenerarse á sí misma sin el concurso de una fuerza superior: porque el entendimiento no tiene capacidad natural para la fe, ni luces propias para elevarse á la region de los misterios, ni criterio para descubrir la voluntad del Señor, ni fino para guardarla en cada uno de sus pasos. Por esto el Señor, no satisfecho con revelarnos las eternas verdades, darnos su Lei y proponernos un ejemplo vivo en la conducta del mismo Jesucristo, quiso disponer nuestro entendimiento para conocer estas verdades, para gustar de ellas, para aplicarlas al órden moral y para servirnos de esta luz en cada una de nuestras acciones. A esto dirigió su Divino Espíritu los cuatro primeros Dones; pues con el de entendimiento nos da la inteligencia de las verdades eternas, con el de Sabiduría dirige nuestro juicio acerca de ellas y nos infunde un gusto en meditarlas y aprovecharlas, con el de Consejo nos guia en el órden moral, facilitándonos en general el conocimiento de lo que mas conduce á su gloria y nuestro propio bien, y con el de Ciencia nos infunde un hábito feliz para descubrir en todo, aun en el órden mismo de lo que es bueno en general, aquello que mas especialmente lo es en cada uno de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras obras. Hagámos pues algunas breves reflexiones acerca de estos cuatro Dones que pueden considerarse como las cuatro robustísimas columnas en que descansa el magestuoso é incontrastable edificio de la razon católica.

5. Sirve el Don de entendimiento, dice nuestro Catecismo, "para darnos á entender las verdades." Pero ¡qué! ántes de recibir este Don sobrenatural, ó sin contar con él, ¿no es capaz el hombre de entender las verdades? Si se trata, hijos míos, de las verdades puramente naturales, de esas verdades incompletas, mezcladas con errores, dependientes de la alta investigacion y reducidas á un corto número de hombres, os diré que sí; pero si se trata de la verdad en su principio, en su fuente divina, en su inmensa comprension, en su unidad esencial, en su santa fecundidad para el bien: en suma, si se trata de la verdad católica, de aquella que debemos creer para salvarnos, y cuya inteligencia cristiana nos da la mas alta sabiduría, os diré que no. Ya os he manifestado varias veces cuán estériles fueron los esfuerzos del hombre para inquirir la verdad por el espacio de cuarenta siglos, y cómo estos esbozos inútiles de un mundo tan viejo como laborioso probaban hasta la evidencia, que no alcanzaria la dicha de ser un verdadero sabio, sino aquel que fuese instruido en la escuela de Dios, como decia el Profeta; que el claro conocimiento del reino de Dios estaba reservado á los verdaderos discípulos de Cristo, como él mismo lo enseñaba; y que los tesoros de la alta ciencia, única sabiduría digna de tal nombre, serian dispensados al rendimiento humilde de una razon inclinada bajo el yugo de la fe, y no concedidos á la vanidosa jactancia de los sabios y prudentes del siglo.

6. "¿De qué aprovecha el Don de Sabiduría?" pregunta nuestro manual Catecismo despues de haber manifestado que el de entendimiento sirve para darnos á entender las verdades; y responde: "de hacemos juzgar bien de ellas." De manera que, segun el concepto de este incomparable catequista, la sabiduría es la accion de nuestro juicio sobre las verdades de la religion. El autor del "Catecismo de la Perseverancia" dice que la sabiduría es un Don del Espíritu Santo, que nos hace conocer y gustar las cosas de Dios y cuanto nos conduce á poseerle: añade que este Don engendra en el alma un disgusto de los placeres de los sentidos, derramando no sé que suavidad sobre los bienes de un órden superior, y haciendo sentir al alma todos esos atractivos de la virtud que nos invitan á la inmortalidad. Esta idea es tan conforme á la etimología misma de la palabra, como á propósito para distinguir mejor el Don de entendimiento del Don de sabiduría. En efecto, el verbo *sapere*, que significa *saber* y de donde viene *sabiduría*, reúne dos ideas, la del conocimiento de la verdad y la del gusto de lo que se conoce: hai algo que dar al sabor en esta idea; y así como se dice que una cosa sabe bien cuando agrada al paladar, así tambien puede decirse que la verdad religiosa amada y gustada constituye la sabiduría."

7. "Tan cierto es que este Don precioso no se detiene en la inteligencia sino que complica la voluntad, que el mismo Espíritu Santo nos lo enseña, diciendo por la boca del Profeta, que "el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios." Siendo esto así, es claro que la sabiduría, desde que comienza, interesa ya la voluntad, interesa el corazon, potencia y entraña donde tiene su asiento el temor. Si pues el temor es el principio, el amor será su término; y allí tendrá su plenitud y consumacion este Don precioso, donde la caridad sea el primer móvil del hombre. Por esto el Profeta Rei, al hablar de todos los adelantos que hizo en estos conocimientos sobrenaturales, nos hace ver que sus progresos estaban siempre en razon directa del amor. "Señor, decía, ¿has-qué punto he amado tu Lei! Todo el dia es ella el objeto de mi meditacion:" y por este motivo reconocia en sí mismo haberse elevado en inteligencia sobre sus maestros, y haber excedido á los ancianos en sabiduría."

8. "Este gustar de las verdades eternas es aquel deseo, tan enérgicamente pintado por el Apóstol, de una alma cuya "conversacion, dice, está en los cielos." La verdadera sabiduría eleva juntamente la inteligencia y la voluntad, somete la libertad á la Lei y cifra en su cumplimiento el mayor bien que puede gozarse en la vida. Calcúlese por aquí si su posesion podrá ser nunca la conquista de la inteligencia, el efecto de la aplicacion de nuestras facultades ó el resultado de nuestros simples esfuerzos: para saber las verdades religiosas, basta conocerlas; para tener habitualmente el gusto de las cosas de Dios, es necesario que este gusto se infunda y comunique por el mismo Dios, y he aquí por qué, si es necesario para conocer las verdades de la fe el Don del entendimiento; no lo es ménos, para gustar de las cosas de Dios, y amar estas verdades é inclinarse á su práctica, el Don de sabiduría comunicado por el Espíritu Santo."

9. El Don de consejo, hijos míos, que sirve, como lo enseña nuestro Catecismo, "para consultar las cosas á Dios mas gratas," es, digámoslo así, el tránsito de lo especulativo á lo práctico para la razon católica, forma el conocimiento moral en su ma-

yor amplitud, mostrando cuanto el hombre piensa, dice ó hace bajo sus relaciones con la voluntad divina: no solo discierne la virtud del vicio en general, sino tambien el espíritu de que se animan los juicios y las acciones del hombre; precave los estragos de una falsa conciencia, pues aunque versa en el órden general de la moral y no atañe inmediatamente á un caso dado, nos anticipa la luz necesaria sobre el conjunto, para que no nos equivoquemos en el dictámen práctico de nuestra conciencia sobre cada uno de sus juicios individuales. "Por medio del Don de entendimiento nos hacemos capaces de conocer las verdades de la religion: por medio del Don de sabiduría amamos estas verdades mismas. Despues de juzgar bien de ellas, discernimos la verdadera religion de los falsos cultos, y al mismo tiempo gustamos, preferentemente á todo, de las cosas de Dios. Este gusto hácia las cosas espirituales, este deseo de obrar conforme á la voluntad de Dios, es un fuerte estímulo hácia el bien en la marcha de la conducta; pero en el sistema de las acciones, entre la multitud de objetos que puede tener nuestra voluntad, es mui fácil equivocarnos cuando se trata de hacer en todo lo mas conforme á la voluntad divina. Por esto Dios, queriendo que el hombre contase con todo, que le sobrepasasen los medios para llegar á la bienaventuranza, le comunica por su Santo Espíritu, no solo el Don de entendimiento, que le eleva al conocimiento de las verdades religiosas, no solo el de sabiduría, que le hace gustar de estas verdades mismas, sino tambien el de consejo que, segun nuestro manual Catecismo, sirve precisamente para consultar las cosas á Dios mas gratas."

9. "¿De qué sirve el Don de ciencia? De elegir bien en lo consultado," dice el Padre Ripalda. ¿Qué quiero decir esto? Que él nos da el hábito feliz de aprovechar para la virtud y contra el vicio la inteligencia de las eternas verdades, el juicio y gusto por ellas y el conocimiento práctico de la voluntad divina sobre el órden moral generalmente considerado en cada uno de los pasos ya internos ya externos de la vida moral: es el ojo divino de la conciencia católica, la penetrante y experta mirada del hombre interior, el exquisito discernimiento para no equivocarse ni aun en los últimos pormenores de la conducta. Mas, para conocer toda la importancia de este precioso Don y su altísimo rango en la esfera de la inteligencia, nada mas propio que considerarle en sus relaciones con los tres que os llevo explicados. "El Don de entendimiento, hijos míos, dispone santamente nuestras facultades cognitivas á la verdad; pero esta disposicion no es la ciencia: el Don de sabiduría nos da el conocimiento de estas verdades y tambien el amor de su práctica; pero este conocimiento es todavía el principio y no el todo de la ciencia: en el órden especulativo es para nuestras facultades la parte histórica, la parte tradicional, la parte dogmática, parte inmensa sin duda; pero la historia ó el hecho, la tradicion, el simple dogma no es la ciencia: el gusto mismo de las cosas de Dios, la vehemente inclinacion á conocer su voluntad y á practicar su Lei, es incontestablemente un magnífico preliminar, un eficaz preparativo, una condicion precisa para llegar á la ciencia; pero no es la ciencia misma. El Don de consejo sirve para gobernar la voluntad en sus actos, es el sentido práctico que dirige los pasos del hombre en el camino de la felicidad; pero este consejo, que entraña por una parte el conocimiento de la verdad y por otra la eleccion del bien, aunque es cierto que supone la in-

teligencia que conoce, la verdad que se posee, el discernimiento que precede á la deliberación y la deliberación misma por lo ménos en general, no es la ciencia misma. ¿Qué es pues la ciencia? Es, hijos míos, la acción continua del Don de entendimiento sobre la verdad que nos comunica el Don de sabiduría, y sobre la conducta para que nos prescribe el de consejo; y sus resultados se representan en esa serie no interrumpida de ilustraciones, de conocimientos sobrenaturales, de aplicaciones felices en la oración á Dios y en las altas contemplaciones del espíritu. Tal me parece este inapreciable Don del Espíritu Santo, este Don de ciencia que es entendimiento, pero no solo entendimiento; es sabiduría, pero no solo sabiduría; es consejo, pero no solo consejo: es todo esto; pero todo esto relacionado, fecundado, ampliado, aplicado mediante un Don del Espíritu Santo, que nos hace hábiles para todas estas cosas."

10. Ved pues, amados hijos de qué manera regenera el Espíritu Santo al hombre intelectual con estos cuatro Dones inefables, y cómo le hace andar una carrera maravillosa desde lo mas pasivo de la inteligencia de las verdades reveladas hasta lo mas encumbrado de la ciencia divina. Veamos ahora cómo este Divino Espíritu, no satisfecho con esto, proveyó liberalísimo á la reforma completa del corazón.

## II.

11. Si el objeto del entendimiento, amados hijos, es la verdad, y por lo mismo para llegar á él ha menester ante todo la luz de la inteligencia que le muestra el camino y dirige sus pasos: el de la voluntad es el bien, y á fin de alcanzarle necesita motivos que la impulsen, causas que la determinen, objeto que la fije, medios para conservar este bien é impedir cuanto pudiera arrebatársele. Ya sabéis que la voluntad vive del amor y del odio, que nada ama sino bajo la razón de bien, que nada aborrece sino bajo la razón de mal. Pero sabéis así mismo que solicitada por dos fuerzas contrarias: una que la atrae á los sentidos y al pecado, y otra que la llama hácia el espíritu y la gracia, abraza ya el uno ya el otro extremo, segun la fuerza que prevalece sobre los deseos y los sentimientos. El apóstol San Pablo pinta esta lucha interior de la Lei divina contra los sentidos con una energía sublime. "Me complazco en la Lei de Dios segun el hombre interior, dice: mas *al mismo tiempo* echo de ver otra lei en mis miembros, la cual "resiste á la lei de mi espíritu..." ¡Oh que hombre tan infeliz soy yo! ¡quién me libertará de este cuerpo de muerte? (Rom. cap. VII.) Habia sido este santo arrebatado hasta el tercer Cielo, y visto la gloria del Señor, y tenia por lo mismo todos los Dones del espíritu, todas las gracias, todas las riquezas de la virtud, todos los caracteres de la santidad. Si pues á pesar de esto y sin embargo de tener tales impulsos hácia el bien, de complacerse tanto en la Lei divina segun el hombre interior, siente la lei del pecado dentro sí, la tiranía de sus propios miembros abalanzándose sobre todo su espíritu para dominarle y tiranizarle, y sufre y pena tanto, que desea morir para libertarse de tan tremenda lucha; ¡quién podria lisonjearse, decidme, de tocar la perfección y conservar en su alma la paz de la virtud, si hubiese de contar solo con sus propias fuerzas? No, hijos míos: esta obra pide tres cosas: primera, vivir en Dios; segunda, sobreponerse á todos los impulsos de nuestros enemigos en esta lucha interior; tercera, contar con un poderoso ele-

mento de conservación para esta fuerza contra sus adversarios. Pues bien, á estas tres imperiosas necesidades atendió el Espíritu Santo con los tres últimos de sus Dones. Dándonos el de piedad, nos hace vivir en el Señor; dándonos el de fortaleza, nos otorga el dominio sobre nosotros y nos hace triunfar sobre nuestros enemigos: dándonos el de temor de Dios, asegura el de fortaleza en el alma, destruyendo todo temor. Con esto el hombre cumple la Lei divina, triunfa en la lucha, muere sin zozobra y conquista sin dificultad el reino de los cielos. Recorramos pues estos tres últimos Dones.

12. Preguntando nuestro manual Catecismo ¿qué obra en el alma el Don de piedad? responde: "Concierta el alma con Dios;" respuesta luminosa, hijos míos, concepto profundamente teológico y moral, altísima idea de este inapreciable Don, que es todo de observancia, de sentimiento y de amor divino. Todas las virtudes que nos unen á Dios; todas las virtudes que nos unen al prójimo, todo lo mas noble y bello que la moral práctica nos presenta en este doble orden de relaciones en que nos hallamos constituidos, está comprendido en la piedad. La piedad es el ejercicio y tambien el hábito de las virtudes; es el mejor nombre con que puede caracterizarse el comercio y aun la intimidad del hombre con Dios. La piedad cree lo que Dios dice; la piedad espera lo que Dios promete; la piedad está siempre dispuesta á hacer lo que Dios manda; la piedad atesora en su memoria los beneficios de Dios para agradecerles, fija su mente en las verdades de Dios para meditarlas, pone sus complacencias en las verdades y Lei de Dios para practicarlas, busca siempre lo que puede serle mas grato, y aun entre muchas cosas que se le presentan como del agrado de Dios, observa, atiende, reflexiona, juzga, discurre hasta llegar á discernir cuál merece la mayor preferencia, para ejecutarla y caminar hácia la perfección. La piedad especula con sus facultades todas, no pierde para su amor ni una sola idea, ni un solo sentimiento: si presencia los cuadros de la naturaleza, no gusta de ellos sino en tanto que le manifiestan la sabiduría, la omnipotencia, la bondad infinita de su Dios; si se halla rodeada de los hombres, admira sus virtudes, aplaude sus buenas obras, excusa sus faltas, compadece sus miserias, sufre sus contradicciones y perdona sus injurias: si penetra en el Santuario, todo habla íntimamente á su inteligencia, todo conmueve profundamente su corazón. Tal se me representa este inefable Don del Espíritu Divino, el cual se hace sentir con mas dulzura y con mas fuerza que nunca en el cuadro siempre animado y siempre grato de la verdadera virtud."

13. ¿Qué os diré, hijos míos, del Don de fortaleza? "Sin duda alguna que todos los Dones que llevamos recorridos, ilustran el entendimiento, enriquecen el alma con verdades de un orden superior, forman el juicio práctico de la conciencia, sugieren el desprendimiento de todo lo que no es digno de Dios, y engendran por último esa mocion suave de la piedad cristiana; pero el hombre, no con poseer estos Dones se ha desprendido enteramente de sus enemigos, con quienes á cada paso tiene que luchar; de la libertad que le puede pervertir, y de la flaqueza propia que tiende siempre á abatirle. Con todas sus luces, con las verdades de la fe, con su inclinación á la virtud, con la misma mocion interna de su piedad puede levantar al Cielo sus clamores, como aquel apóstol que despues de enriquecido con altísimas revelaciones, despues de haber visto lo que el ojo no vio, se siente profundamente abatido con los rudos embates de la carne,

y pide por gracia que este enemigo ya no luche con él, podrá decir: "Siento dos leyes en mí; una que me inclina al bien, y otra que me atrae al mal." El hombre, solicitado á la vez por su razon y por sus sentidos, contempla la verdad, ama la virtud, admira el heroísmo de esas almas generosas que en alto grado la practican, experimenta un impulso irresistible hácia el bien; pero apenas da los primeros pasos, cuando el horizonte se oscurece, el ánimo decae, las fuerzas se debilitan, la naturaleza quiere sucumbir, y todo parece querer arrebatár al alma la esperanza de un triunfo: ¡tal es la debilidad humana! Esta debilidad hace al hombre incapaz de la abnegacion, del sacrificio y de todo aquello que anuncia el poder de la virtud; y es cierto que, si no contase mas que consigo mismo, tampoco podría sostener ni los primeros ataques de sus enemigos interiores. He aquí por qué el Espíritu Santo, atento siempre á llenar sus designios de bondad hácia los hombres, añade á los Dones que llevo explicados, y que son todos de ilustracion, de direccion, de conocimientos y de afectos religiosos, el Don de la fortaleza, que nos transforma tan luego como se nos comunica, sobreponiéndonos á nuestra flaqueza natural, haciéndonos obrar grandes cosas para la gloria de Dios y provecho del prójimo, y vencer los obstáculos todos que se oponen al cumplimiento de nuestros deberes. El espíritu de fortaleza deja luego conocer toda su oposicion al triste espíritu de pereza que, por el tedio del trabajo, rehúsa ejecutar varonilmente las obras buenas. En efecto; la pereza, como advierte el sabio Gaume, enerva el alma, la encadena en los lazos de las pasiones, la aduerme en el inmundo fango del pecado, la inhabilita para todo lo que es bien, y la dispone para todo lo que es mal. Al contrario sucede con la fortaleza, la cual dota de una grande energía al alma y á todas sus potencias; nos hace emprender con valor y continuar con perseverancia grandes cosas para Dios, para el prójimo, para nosotros mismos, como lo vemos en nuestro Señor Jesucristo, en los apóstoles, en los mártires, en todos los santos, en los misioneros; nos hace repeler con indignacion todas las solicitudes de la carne y del demonio, los escándalos y las máximas del mundo, poner bajo nuestros pies el respeto humano, soportar con una resignacion dulce y pacífica las enfermedades del cuerpo y las penas del alma, las contradicciones, los revesses de la fortuna, la muerte de nuestros prójimos y hasta la nuestra misma."

14. "El temor de Dios, amados hijos, es un Don del Espíritu Santo que imprime á nuestra alma un gran respeto para con Dios, un gran terror de sus juicios y un grande horror al pecado. Fácil es reconocer que este temor saludable es opuesto al orgullo, al cual sirve al mismo tiempo de remedio. ¿Qué hace el orgullo? Nos hincha, nos ensorbece, nos conduce á la idolatría de nosotros mismos, nos hace presuntuosos, arrogantes, y debilitando en nosotros el temor de Dios, nos hace accesibles á todos los otros temores. El Don de temor al contrario, nos hace pequeños bajo la mano de Dios, humildes, modestos, dulces para con el prójimo. Haciéndonos temer solamente á Dios, nos libera del temor *mundano*, el cual nos arrastra frecuentemente á ofender á Dios ántes que perder nuestra fortuna, nuestros empleos, nuestro dinero; del temor *carнал*, que nos hace caer en el pecado para evitar las incomodidades, la enfermedad, la muerte; del temor *servil*, el cual nos hace tristes esclavos del Sinai, mientras que debemos ser los gozosos hijos del Calvario; en fin, regla el temor *natural*, es decir: la

timidez, la pusilanimidad, la vergüenza, la cobardía, y da al cristiano ese hermoso carácter de independencia que le constituye rei del mundo, permitiéndole decir con verdad: "temo á Dios, y no tengo otro temor."

15. "Este santo temor auxilia y sostiene en el alma la fortaleza, y entrambos Dones, como se explica nuestro manual Catecismo, producen el cuantioso efecto moral de concertar el alma consigo misma, esto es: de poner en la mas perfecta armonía todas nuestras facultades, todas nuestras potencias, todos nuestros pensamientos, todas nuestras afecciones, haciéndonos verdaderamente espirituales, prácticamente sabios, y aun temporalmente felices." "Bienaventurado el hombre que teme al Señor, exclama enagenado el Rei Profeta, y que toda su aficion la pone en cumplir sus mandamientos! Poderosa será sobre la tierra la descendencia suya; bendita será la generacion de los justos. Gloria y riquezas habrá en su casa, y su justicia durará eternamente." Veamos ahora en los frutos del Espíritu Santo los bienes que aun aquí nos hace gustar cuando correspondemos á su amor.

### III.

16. Habéis visto ya como este Divino Espíritu "desciende á nosotros haciéndonos sentir su presencia con la difusion de sus Dones divinos; cómo estos Dones encierran todo lo que es necesario y suficiente para que el hombre perfeccione su naturaleza, restablezca el orden invertido por el pecado, sujetando los sentidos al espíritu y el espíritu á Dios por el cumplimiento de la Lei; cómo son además luz para la inteligencia, riqueza para la memoria, sabiduría para la razon, consejo para la conciencia, regla para la conducta, mocion para el corazon, fuerza para el alma, y por último, medios infalibles para triunfar de nuestros enemigos, haciendo que reine dentro de nosotros el amor de Dios sobre todas las cosas, el del prójimo como de nosotros mismos, y por consiguiente, la caridad. La vida interior de estos Dones en el alma no es ni puede ser una vida ociosa, sino una vida de accion y de trabajo. Ellos ennoblecen y afirman el carácter cristiano; pero al mismo tiempo exigen una correspondencia de parte del hombre: son para la naturaleza, no solo gracia que santifica, sino tambien merced y corona que recompensa. No son estos bienes unos objetos estériles ó puramente especulativos; al contrario, parecen encarnar en todo el hombre, y de hecho transforman su espíritu y trascienden hasta modificar en cierto modo la naturaleza física. He aquí por qué la doctrina católica cuando nos instruye acerca de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad explicándonos el artículo de la fe, "Creo en el Espíritu Santo," no se limita por cierto, ni á manifestar su Divinidad, ni á enumerar sus Dones; sino que se extiende á referir y ponderar sus preciosísimos frutos: argumento nuevo de su Divinidad, y sobre todo, estímulo irresistible para la virtud."

17. "Son pues los frutos del Espíritu Santo; "lo mas suave, último y perfecto de "las virtudes," como se explica el Padre Ripalda, ó si se quiere: las consecuencias morales de sus Dones fielmente correspondidos por la naturaleza, ó los efectos de su reino en el alma, ó los beneficios con que recompensa la fidelidad de aquellos que en todo y por todo corresponden á sus divinas inspiraciones y aprovechan sus Dones celestiales."

18. "El apóstol San Pablo, en el capítulo V, vv. 22 y 23 de su Epístola á los Gá-

latas, enumera estos frutos del Espíritu Santo para contraponerles á los frutos malditos del espíritu de la carne. “Los frutos del Espíritu Santo, dice, son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.” No entraré aquí en la definición y explicación de cada uno de estos frutos: el corazón que les posee y el alma que les desca, son mas hábiles que la palabra para pintar estas satisfacciones inefables que á cada paso disfrutan los que están favorecidos con el Espíritu de Dios; pero si les recorreré, hijos míos, no para explicarles, sino mas bien para encarecerles.”

19. “El primero de estos frutos es la *caridad*, virtud sobrenatural, virtud que el mismo Espíritu Santo nos infunde desde que recibimos el Bautismo, virtud que nos diviniza en cierto modo, penetrándonos del Espíritu de Dios, sometiendo nuestra voluntad á la suya, obedeciendo puntualmente su Ley, celando su honor y su gloria, y buscando en todo y por todo lo que le sea mas acepto. Verdad es que esta preciosa virtud, semejante á la flor que nace entre las espinas, se conserva entre las agitaciones consiguientes al ataque de nuestros enemigos y anda por una carrera de sacrificios; pero la caridad, á medida que progresa con los triunfos, es un tesoro mas y mas inapreciable y, como hemos visto poco há, nada importan, á trueque de poseerla, todas las penalidades de la vida, la pérdida de todos los bienes terrenos y hasta la misma muerte.”

20. “Pero la caridad es, no solo la virtud fecunda, sino un sentimiento dulce, expansivo, inefable, fuente de esas delicias que no conoce el corazón carnal, y que están reservadas á las almas fieles que viven en la intimidad de su Dios. Este fruto pues de la caridad trae consigo necesariamente el segundo fruto del Espíritu Santo, el *gozo espiritual*: fruto que es todo dulzura, placer interior, néctar dulcísimo para el alma, fruto que á los dichosos que le poseen, les desprende de la tierra y les tiene fijos en el cielo: gozo feliz, en comparación del cual todos los otros no son gozos sino tormentos, todas las dulzuras terrenas no son mas que acibar. Esta es una prenda feliz, una vida de sentimiento que experimenta el alma fiel, que corre deliciosamente al través de las penas y de las pasiones.”

21. “¡Será extraño que aquellos á quienes tales frutos son concedidos, léjos de rendirse á la fatiga de esta guerra que continuamente suscitan contra ellos sus enemigos, estén siempre apercebidos al combate, y léjos de resentir las turbulencias, las agitaciones, el desconcierto de sus facultades, descansen tranquilos en la posesión de sus esperanzas y disfruten de aquella paz que anunciaron al mundo los mismos ángeles en el establo de Belén! Esta *paz* interior en medio de la guerra contra nuestros enemigos, es al mismo tiempo lo mas misterioso y lo mas sublime que acaso presenta el hombre moral. No se trata, por supuesto, de esa mentida paz que busca el que anhela por las comodidades de la vida, el que se pone á cubierto de las vicisitudes de la fortuna, el que se deja caer en el lecho, vencido por el sopor del espíritu, no: esta paz no es la de Jesucristo, esta paz es la del mundo, esta paz es aquella de que hablaba el Redentor cuando dijo á los suyos: “No he venido á traer la paz sino la guerra.” Vino, en efecto, como se explica un santo padre, comentando este lugar del Evangelio, “á traer una

guerra buena, para romper la paz mala.” Esta paz es una de las señales con que quiso caracterizar á sus predestinados, cuando dijo: “Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios:” es la paz con Dios mediante el cumplimiento de su Ley, es la paz con nuestro prójimo mediante la caridad que debemos tener para con él, es la paz con nosotros mismos mediante el concierto de todas nuestras facultades en el sentido de la virtud.”

22. “Esta paz, sostenida por la caridad y gustada con el gozo espiritual, engendra tal disposición en el alma respecto de todas las cosas, que las mayores tribulaciones, los tormentos mas vivos, las persecuciones mas desechas la encuentran siempre resignada; porque la caridad, como dice San Pablo, todo lo sufre, y esta disposición á sufrirlo todo por Dios, es lo que constituye la paciencia, cuarto fruto del Espíritu Santo, y carácter tan señalado de los justos, y condicion tan indispensable de virtud, que el mismo Jesucristo dijo á los suyos: “En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.”

23. “La *benignidad*, ó sea esa accesibilidad, esa suavidad en el trato con los demas, ese facilitarse á ellos en todo lo que puede conducir á su bien; la *bondad*, que determina siempre al alma, no solo á retraerse de cuanto puede ser dañoso, sino á hacer cuanto puede servir de utilidad y provecho á los otros; la *longanidad*, ó sea la dulzura en el comercio de los demas hombres, la expansion del corazón hácia la felicidad ajena; estos caracteres que, aun cuando tienen una simple apariencia, aun cuando no pasan de dotes naturales, cautivan é interesan tanto, ¡qué precio no tendrán, cuando no son los simples efectos de la educación ó de la experiencia, cuando no son las prendas naturales de un carácter, sino un fruto bendito del Espíritu Santo en el hombre!”

24. “¡Qué os diré de la *mansedumbre*? Trascibir á la letra dos sentencias de Jesucristo, que por sí solas elevan, enternecen y cautivan. “Bienaventurados los mansos,” dijo en una ocasion en que explicaba su reino y señalaba las condiciones para poseerle: en otra ocasion dijo tambien: “Aprended de mí, que soi manso y humilde de corazón, y encontraréis la plena quietud, el descanso venturoso de vuestra alma.”

25. En cuanto á la *fe*, considerada como un fruto del Espíritu Santo, es la probidad intachable, la primera en cumplir lo que se promete, en guardar los pactos, y tambien, como dice San Ambrosio, “es la fidelidad, esta virtud toda verdad y sinceridad que se opone al fraude y á la mentira.”

26. “La *modestia*, esta virtud que pone el concierto y la moderacion en todas las acciones exteriores; tan minuciosa, que atiende hasta los últimos pormenores del porte, que somete á reglas severas el andar, el vestir, el hablar, el reir, &c., &c., y que no es tan cumplida y consecuenta, sino porque tiene su nacimiento en el fondo del alma; la *continencia*, ó sea el hábito de refrenar todo lo que puede enagenarnos de la virtud; la *castidad*, que reviste de un carácter angélico la naturaleza humana, que ha poblado los desiertos de anacoretas, los claustros de vírgenes, y que es el mas bello timbre del sacerdocio católico: he aquí los últimos frutos de este Espíritu Divino, que es todo luz para la inteligencia, santidad para el corazón, perfeccion para la conducta, felicidad para el hombre.”

1 Todo lo entrecorrido sin éin está tomado en extracto de mi *Exposición de la doctrina católica*.

27. Tal es, hijos míos, la doctrina de la Santa Iglesia sobre la accion del Espíritu Santo en toda la humanidad redimida. Así se comprende bien cómo Jesucristo cuando subió á los cielos, no solamente se llevó cautiva la cautividad, sino que enriqueció á los hombres con sus preciosos Dones: así quedó comprobada la necesidad é importancia que había de que Jesucristo mandase á este Divino Espíritu para la plena institucion de su Iglesia, la santificacion de los fieles, la incontrastable firmeza de su reino en la tierra. Habéis visto extirpado con estos Dones el imperio absoluto del mundo, provisto el hombre de siete poderosísimas armas contra los siete pecados capitales, y todas sus consecuencias: del de entendimiento, para enfrenar la gula con la sobriedad; del de sabiduría, para destruir el dominio de la carne sobre el espíritu; del de consejo contra el odioso desórden de la avaricia; del de ciencia, para enfrenar los ímpetus de la ira; del de piedad, para hacer morir la envidia en su triple y degradante principio y en su vil y odiosa carrera; del de fortaleza, para reanimar el espíritu contra la pereza, destruir el desaliento, nulificar la desazon, infundir ánimo contra el cainiento y cambiar el tedio en verdadero gozo; del de temor de Dios, contra el orgullo y la soberbia, que hizo caer en el pecado al primer hombre, y para colocarle en el principio de la verdadera sabiduría, en el robusto y sólido cimiento de la virtud. Estas mismas ideas sirven de antecedente para persuadirnos cuán necesarios son estos Dones preciosos para conseguir nuestra eterna salud; cómo ellos, por lei de forzosa consecuencia, se pierden por el pecado y se adquieren ó recobran por la gracia. El carácter de estos Dones manifiesta por sí mismo que ellos han de ser considerados, no como unos movimientos pasajeros, sino como hábitos sobrenaturales y virtudes infusas. Finalmente, la consideracion de los maravillosos efectos que producen ellos en el alma, y la suprema excelencia de los frutos que nos hacen gustar; de estos goces inefables y únicos con que aun durante la presente vida regala este Divino Consolador á las almas justas, poniendo á nuestra vista el último aspecto de tan hermoso cuadro, deben, hijos míos, inclinar de tal suerte nuestras almas á la conservacion del feliz tesoro de la gracia, con la cual se nos dispensan estos Dones y dan á gustar estos frutos, y apartarlas con tal eficacia del pecado, que nunca dejen de ser el templo vivo del Espíritu Santo.

28. ¡Ea pues, hijos míos! que no sea perdida para vosotros una instruccion tan edificante y eficaz para conducirnos á la verdad y á la virtud, para haceros heroicamente fuertes contra los enemigos de vuestra eterna salud, constantemente firmes en guardar los divinos preceptos, eminentemente celosos de buscar en todo y por todo la honra y gloria de Dios, y la verdadera y única felicidad, cifrada en su perdurable vista é inimitable gozo en la verdadera patria.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## TRIGESIMAQUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA SANTA IGLESIA CÁTOLICA.

*Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut et nunc et publicanus.*

Téne por gentil y publicano, si no escuchare á la Iglesia.

Math. Cap. XVIII, v. 17.

1 Con la doctrina sobre el Espíritu Santo, cuya íntegra exposicion os he hecho, amados hijos, en mis dos cartas precedentes, terminan los dogmas fundamentales relativos al conocimiento de Dios Trino y Uno, considerado en este misterio y en su accion sobre el Universo y el hombre. Mas, como todos estos dogmas nos presentan á Dios concibiendo y ejecutando el designio de salvar á los hombres, mediante la profesion de la fe, la expectativa de las promesas y el cumplimiento de la Lei divina; como para esto se hizo Dios Hombre; padeció y murió por nosotros; como el tesoro infinito de sus merecimientos habia de quedar aquí y permanecer mientras durase el mundo, y esto demandaba una institucion divina, visible y permanente, á fin de que pudiese distribuir las riquezas de la gracia y ejercer en la tierra el poder sublime de enseñar y salvar á los hombres; Jesucristo Señor nuestro preparó su Ascension á los cielos con la institucion de su Iglesia, eligiendo apóstoles, otorgándoles su poder sobre la doctrina, la moral y la gracia, y ordenándoles que difundiesen la primera y restableciesen la segunda con la oportuna y eficaz dispensacion de la tercera en todo el Universo. Desde ántes de su Pasion habia llamado á Pedro y los demas para que fuesen sus apóstoles, dándoles aquella autoridad que la realizacion de tan alto designio demandaba. Habíales dicho que serian en adelante pescadores de hombres; habíales entregado las llaves del reino de los cielos, prometiendo ratificar en éstos lo que sus ministros hiciesen en la tierra; habíales

prometido enriquecerles con tantos Dones, que en su Nombre harian milagros mas prodigiosos que los suyos; habiales ofrecido enviarles al Espíritu Santo; y aun anticipado una idea del divino poder de su Iglesia, y la necesidad que habia de vivir en ella y obedecerla para salvarse. con esta sentencia sublime: "Tén por gentil y publicano," esto es, por hombre sin fe y sin virtud, por miembro desprendido de mi cuerpo, y arrojado de los linderos de la esperanza y apartado de los caminos de la felicidad, "al que no quisiese escuchar á la Iglesia." *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*

2. Esto quiere decir, que "fuera de la Iglesia no hai salvacion;" verdad fundamental, hijos míos, y estrictamente dogmática. En efecto: si nadie puede salvarse sino sólo por los merecimientos de Jesucristo; si estos quedaron todos y solo en su Iglesia para ser aplicados; si esta aplicacion demanda el Bautismo, que es nuestro ingreso á la Iglesia, el conocimiento de la verdad dogmática, cuyo magisterio quedó exclusivamente á su cargo, la participacion de los Dones del Espíritu Santo, que no se pueden adquirir fuera de ella; si para resucitar con Cristo es necesario ser parte de su cuerpo místico, fiel cristiano y por lo mismo hijo de la Iglesia; no hai medio alguno entre pertenecer á ella, sujetarse á ella y vivir de su espíritu, ó perderse por toda la eternidad.

3. Nada pues tan importante para el cristiano como estar bien instruido en la doctrina de este dogma; y por lo mismo, hijos míos, voi á explicarle, no con la extension que lo haria si ántes no os hubiese hablado sobre él, sino con la brevedad que me facilita el haberlos ya dado una larga série de instrucciones pastorales sobre toda la doctrina de la Iglesia. Para reducirme pues aquí á lo muy preciso, comenzaré dándoos á entender lo que significa la palabra; pasaré de aquí á manifestaros los caracteres de la institucion, y concluiré dándoos una idea respecto de la autoridad que ejerce la Iglesia.

## I.

4. El significado mas lato de la palabra *iglesia*, hijos míos, es el de *llamamiento de muchos á un lugar*; y como para esto no es necesario que los concurrentes sean buenos y santos, sino que pueden ser malos, ya desde los tiempos mas antiguos solia designarse con ella, no solamente una congregacion escogida, sino también el concurso de los malvados; y por esto el Profeta Rei, aludiendo á la segunda, exclamaba en uno de sus Salmos: "Aborreced á la iglesia de los malignos." También los gentiles solian llamar *iglesia* á sus reuniones religiosas, y por esto leemos en el capítulo XIX, v. 29 del Libro de los Hechos apostólicos, que cierto funcionario, á fin de sosegar un tumulto, dijo: "si tenéis alguna pretension, podrá ésta decidirse en legítima iglesia," aludiendo á Efeso que adoraba á la Diosa Diana. Mas la palabra *iglesia* en el sentido católico significa la república cristiana, el pueblo fiel esparcido por el orbe, ó como dice nuestro Catecismo: "la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario. Solemos dar también el nombre de Iglesia á las partes de la Iglesia universal, como cuando decimos: "la Iglesia de México, la Iglesia de España," &c.: pero al hablar así, no significamos el todo de la Iglesia, sino únicamente sus partes; pues todas ellas reconocen y obedecen al Romano Pontífice como centro de la Unidad católica. Los apóstolos

les llamaban también *iglesias* á las casas de los fieles, como la iglesia de *Aquila ó Prisca*, porque eran miembros de la Iglesia, que se reunian á orar en comun. También se designan con este nombre los templos, como cuando se dice: "la iglesia de San Pedro, la iglesia de Loreto, la iglesia San José, de San Francisco, de la Merced, &c." Pero estas denominaciones diversas no inducen, hijos míos, ninguna confusion; pues luego á primera vista se conoce el sentido en que se habla.

5. Mas así como con la palabra *iglesia* se significan muchas y diversas cosas, así también suele nombrarse la verdadera Iglesia de Jesucristo con otras palabras que representan y significan, ya su rango ya sus excelencias, como *casa de Dios, columna y firmeza de la verdad, rebaño de las ovejas de Cristo*, y también *Esposa de Cristo y Cuerpo místico de Cristo*. Pero todas estas denominaciones corresponden á la misma idea, designan la misma cosa, esto es: la Congregacion de todos los fieles unidos entre sí con los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad, la participacion de los mismos Sacramentos, la sujecion á unos mismos pastores y á una misma lei bajo el gobierno del Papa, que es Vicario de Jesucristo.

6. La Iglesia, hijos míos, es tan grande, que no se reduce á la tierra ni al tiempo, sino que va mas allá de la muerte y existe también en la eternidad. Cada uno de los que mueren en gracia, ora resida en el Purgatorio, ora goce ya de la bienaventuranza en el Cielo, no por esto deja de ser miembro de la Iglesia y estar en esta comunión de Jesucristo. Por esto se dice que hai tres iglesias, y no para denotar otra cosa; pues los fieles de la tierra, los del Purgatorio y los del Cielo no componen mas que una sola Iglesia. Estas tres iglesias, ó para mejor decir, estas tres grandes partes de la Iglesia universal, son: primera, la de la tierra, y se llama *militante*, porque durante nuestra vida mortal estamos en lucha con nuestros enemigos, y necesitamos perseverar hasta el fin en la victoria para no perdersen eternamente; segunda, la reunion de todas las almas del Purgatorio, y ésta se llama *paciente*, porque allí están padeciendo pena temporal que las purifique para el Cielo: la tercera se llama *triumfante*, porque es la reunion de todos los que, habiendo muerto en gracia y sido ya plenamente purificados, poseen con la vista y goce de Dios la corona del triunfo sobre todos sus enemigos.

7. Entrase á la Iglesia por la puerta del Bautismo, y en ella viven y se conservan los fieles por su fe y obediencia. Resulta de aquí que no pertenecen al gremio de la Iglesia los infieles, esto es: los que no han sido bautizados, y que están fuera de él; ni los herejes, apóstatas y cismáticos, porque aunque bautizados, ó se han rebelado contra el magisterio divino de la Iglesia, negando uno ó mas dogmas, y estos son los herejes; ó se han apartado enteramente de la fe, abandonando á la Iglesia, y estos son los apóstatas; ó se han emancipado con rebeldía del Papa como cabeza visible, rompiendo la unidad católica, y estos son los cismáticos. Tampoco están en la comunión de la Iglesia los excomulgados, esto es: aquellos que han sido apartados por sus delitos de su comunión. Pero todos los demás, por muy pecadores y malos que sean, permanecen en el gremio de la Iglesia como miembros suyos.

8. Tal es la instruccion que me ha parecido conveniente daros, ya sobre los dife-



rentes sentidos en que se toma la palabra *iglesia*, ya sobre las varias denominaciones que damos á esta institucion divina, con el fin de mostrar su rango, su dignidad y sus varios objetos, ya, por último, sobre la extension de la idea dogmática contenida en la palabra *iglesia*, manifestando todo lo que comprende. Lo que habéis oído basta sin duda para comprender que no hai ni puede haber mas que una sola Iglesia de Jesucristo; mas como sin embargo de esto han pretendido los enemigos de Cristo hacerla desaparecer entre la confusion consiguiente á muchas falsas reuniones que han llamado tambien iglesias, es muy conveniente advertir que la Iglesia verdadera tiene caractéres tan reales y positivos, tan propios y únicos de ella, que ni es posible desconocerla, ni es dudo confundirla.

## II.

9. ¿Cuáles son estos caractéres? Aquellos con que la presenta el Símbolo de Nicéa, llamándola *una, santa, católica y apostólica*, es decir: la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad. Veamos pues en qué consisten estos caractéres, y cómo todos están reunidos en la Santa Iglesia romana.

10. ¿En qué consiste la unidad de la Iglesia? en que todos sus miembros forman un solo cuerpo, cuya cabeza visible es el Romano Pontífice, Vicario de nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Todos estos miembros, hijos míos, tienen una filiacion comun, que es el santo Bautismo; tienen una profesion comun, que son los dogmas sacrosantos de la fe; tienen una luz comun para entender estos dogmas, que es el magisterio del Papa, los obispos y ministros de la palabra evangélica; están sujetos á una misma lei, esperan unos mismos bienes eternos, participan de unos mismos sacramentos, reconocen á un mismo poder, á un mismo centro. Esto es lo que significaba el esposo de los Cantares, cuando decia: "Una es la paloma mia, una es la hermosa mia." Nada importa que esta sociedad se componga de tanta multitud de fieles y esté derramada por todo el Universo; porque teniendo todos esta filiacion comun, teniendo todos una sola cabeza, que es Cristo, un solo espíritu, una sola doctrina, una sola lei, una sola fuente de autoridad y ministerio, un solo régimen y un centro comun, constituyen un todo indivisible. "Uno es el Señor, una es la fe, uno solo el bautismo," decia el apóstol San Pablo á los Efesios. Ved pues toda la importancia y las pruebas incontestables de este primer carácter de la Iglesia. Buscad fuera de ella unidad, y os fatigaréis en vano: profesiones diversas, doctrinas contradictorias, elementos varios, sucesion constante de alteraciones y vicisitudes en la doctrina, en el régimen, &c. &c.: he aquí las tristes señales de todas esas sectas que, llamándose falsamente iglesias, no son en la realidad sino miembros trunco y cortados, hojas secas arrojadas hácia todas partes por el viento que domina.

11. La segunda propiedad de la Iglesia es, hijos míos, la *santidad*, este carácter divino que resplandece en la divinidad de su origen, en su constitucion, en su objeto y fin, y en el desarrollo todo de su accion. Nada importa que en este cuerpo místico haya miembros malos; nada importa que en el prodigioso número de los fieles haya pecadores: pues nada de esto destruye el carácter santo de la institucion. La Iglesia en el todo que constituye, en su fundamento, en el carácter de su ministerio, en el objeto de su ac-

cion, en la doctrina que inculca, en las leyes que la rigen, en el Sacrificio que ofrece, en los vínculos que la unen, en los sacramentos que administra, en la parte mas noble de sus miembros, en la mas excelsa de sus categorías, y sobre todo, en el espíritu que anima toda su accion, que es Jesucristo, es esencialmente *santa*.

12. El tercer carácter de la Iglesia es, hijos míos, el de ser *católica*, conviene á saber, *universal*: la pertenecen todos los tiempos, abraza todos los lugares, contiene y encierra en su seno á cuantos han renacido en el Bautismo. ¿Véis esa larga historia de cuarenta siglos que llena las páginas del Antiguo Testamento? Allí está la Iglesia figurada, preparada, anticipada, pero existente; porque donde quiera que han existido fieles congregados reconociendo como su cabeza al Mesías, viviendo de la fe, esperando las promesas, obsequiando la divina Lei, acatando al sacerdocio, dando á Dios el debido culto, &c. &c., ha habido Iglesia. El Mesías, hijos míos, colocado en la plenitud de los tiempos, corona los que le precedieron, y encabeza los que le siguen: creyendo en él, esperando, y amándole, se salvaron los justos de la Antigua Lei, y lo mismo ha sucedido y sucederá con los justos de la Lei Nueva.

13. Lo mismo que os he dicho del tiempo sucede con el espacio; pues la Iglesia, como dice San Agustín, se difunde desde el Oriente hasta el Poniente con el esplendor de una fe. A ella referia el Profeta-Rei estas palabras misteriosas que leemos en el segundo de sus Salmos: "Pídemelo y te daré las gentes por heredad tuya, y por tu posesion todos los confines de la tierra." Por esto mismo decia el Señor: "Me acordaré de Raab y de Babilonia que saben de mí;" y por esto concluye con tanta verdad como exactitud el Salmista, que "en la Iglesia nació el hombre:" *homo natus est in ea*.

14. Vista la universalidad de la Iglesia bajo el doble aspecto del tiempo y del espacio, no hai para que añadir otra palabra en comprobacion de la que tiene por razon de los individuos, que la componen: porque, si en la Lei Antigua, desde Adán hasta el último de los justos, todos se salvaron en Jesucristo, y lo mismo acontece despues de su venida, como varias veces lo he manifestado, clarísimo es que abraza íntegramente á todos los fieles desde el principio hasta el fin de los siglos. Pero hai más todavía: esta divina institucion tiene una virtualidad tan inmensa, que de algun modo comprende hasta á los mismos que no pertenecen á su cuerpo místico. ¿Por qué? Por el carácter de su vocacion, por la extension de su derecho, por la marcha de su ministerio. Llama, hijos míos, con su doctrina, con su Lei, con sus promesas y esperanzas, con su convite de felicidad á todos los hombres; predica el Evangelio á toda criatura; recibe en su seno á los que quieren entrar; no hace distincion de judío ni de gentil; no exceptúa de la visita apostólica de su ministerio ni un solo rincón de la tierra; no hace pausa en su tarea de convertir al mundo ni una sola fraccion del tiempo. Ved pues en él resplandecer y ha resplandecido siempre la universalidad sublime de la Santa Iglesia.

15. El cuarto carácter de ella, hijos míos, su bello título, su genealogía ilustre, es el de ser *apostólica*, el serlo siempre, el no dejar de serlo nunca. Los apóstoles, aquellos doce pobres pescadores á quienes llamó Jesucristo para depositar en ellos todo su poder para salvar al mundo, toda su ciencia para ilustrar al mundo, toda su virtud para santificar al mundo; aquellos á quienes convirtió de pescadores de peces en pesca-

dores de hombres; aquellos á quienes hizo los compañeros de su carrera, los confidentes de sus mas íntimos secretos, los delegados de su augusto ministerio, los testigos constantes de su poder, de su vida, muerte, Resurreccion y Ascension á los cielos; sobre quienes envió á su Divino Espíritu para que les enseñase todas las cosas, les confirmase en la gracia, les enriqueciese con sus Dones y les afirmase como robustísimas columnas del edificio de su Iglesia; aquellos á quienes Jesucristo dijo en una montaña de Galilea: "Id é instruid á todas las naciones, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado, y estad seguros de que permaneceré con vosotros yo mismo todos los dias hasta la consumacion de los siglos;" aquellos á quienes dió en la noche de la Cena potestad para consagrar su Cuerpo y Sangre, ministrarle á los fieles y renovar de un modo inercuente en los altares el Sacrificio del Calvario; aquellos á quienes, imponiéndoles las manos, dijo: "Recibid al Espíritu Santo; los pecados de aquellos á quienes los remitiereis, serán remitidos, y los de aquellos á quienes se los retuviereis, serán retenidos;" aquel cuerpo presidido por Pedro, á quien Cristo dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares en la tierra será atado en el Cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el Cielo;" estos, hijos míos, este cuerpo divinamente llamado, divinamente constituido, divinamente autorizado, es el cuerpo de los apóstoles: sobre él está fundada la Santa Iglesia, y por esto lleva con tanta verdad como exactitud el título de *apostólica*. Los primeros apóstoles murieron, porque eran hombres; pero su ministerio, su autoridad, su poder, su accion viven; el apostolado no muere; el apostolado es perpetuo; el apostolado no puede faltar de la tierra mientras viva todavía la humanidad. He aquí por que Pablo consideraba, y con mucha razon, á todos los fieles como piedrecitas colocadas todas sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas para componer la Iglesia de Cristo: "No soís, les decía, huéspedes y advenedizos, no; sino conciudadanos de los Santos, domésticos de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, cuya piedra angular es Jesucristo." ¡Qué timbres, hijos míos! ¡qué rango! ¡qué carácter tan sublime! Cuenta ya mas de diez y ocho siglos de instituida en su plenitud la Iglesia de Cristo; hállase derramada por todo el Orbe; ha estado en lucha constantemente con todo linaje de adversarios; ha llorado los extravíos de la razon herética, los escandalosos cismas, las horribles persecuciones; pero ella es hoy la misma que salió de Jesucristo: su institucion es apostólica, su Símbolo es apostólico, su ministerio es apostólico: Pedro, príncipe de los apóstoles, vive en el Papa; los demas apóstoles viven todos en los obispos de la Iglesia católica.

16. Como el Sumo Pontífice es la Cabeza visible de la Iglesia y el Vicario de Jesucristo en la tierra, donde quiera que él resida y ponga su Cátedra estará el centro de la Unidad católica, y será la capital de todo el Orbe verdaderamente cristiano. Ahora bien: como en Roma está establecida la Santa Sede apostólica desde el tiempo de San Pedro, la Iglesia de Roma es la Iglesia Madre, Roma es la gran Metrópoli del catolicismo; fuera de Roma no hai unidad sino cisma, no hai santidad sino depravacion, no hai catolicidad sino ramas dispersas desprendidas del tronco, no hai apostolicidad sino bastardía en el ministerio; y por tal motivo, para designar á la verdadera Iglesia, tanto

por sus caracteres propios, cuanto por la localidad en que se halla instituido su centro, que es Roma, la llamamos tambien *romana*.

## III.

17. Mas no basta, hijos míos, conocer las notas ó caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo; es necesario considerar ésta como una sociedad constituida, y relativamente al poder que ejerce sobre la tierra. La Iglesia es una verdadera sociedad, porque tiene todos los elementos que la constituyen. ¿Cuáles son estos elementos? Congregacion de individuos, relaciones mutuas, lei y autoridad. ¿Quiénes son estos individuos? Todos los fieles cristianos, y por eso se llama la *congregacion de los fieles*. ¿Qué relaciones unen á éstos? Las que unen á los miembros de un mismo cuerpo; la fe que profesan, la felicidad que aguardan, la caridad, en suma. ¿Cuál es la lei? La de Dios y de la Santa Iglesia. ¿Cuál es la autoridad? La de todos sus Pastores bajo la dependencia y gobierno del Vicario de Jesucristo. Observad ahora cómo, estando la Iglesia compuesta de hombres que viven y obran en el tiempo; teniendo un ministerio exterior y visible: templos, altares, predicacion, culto y aun signos exteriores que comunican la gracia interior de los sacramentos, es una sociedad visible, que está en este mundo, aun que no venga de este mundo ni en él tenga su último fin; y esto lo advierto, para que no prestéis vuestros oídos á esas voces malignas é hipócritas que se cruzan por todas partes para privar á la Iglesia de sus derechos temporales y externos bajo el especioso pretexto de que no es de este mundo. Siendo la Iglesia una verdadera sociedad, y sociedad visible, claro es que tiene un gobierno propio para su régimen; y como no hai gobierno sin poder, desde luego se ve que la Iglesia ejerce una verdadera jurisdiccion sobre todos sus miembros, y en toda la extension de sus objetos, y con toda la dignidad de su rango, y con toda la independencia de su institucion divina. Este poder versa sobre la fe y las costumbres, á fin de que ni los dogmas ni la moral estén expuestos ni aun á la mas leve alteracion; y en consecuencia tambien sobre la disciplina, sin la cual nada ó poquísimo conseguiria. Jesucristo prometió á su Iglesia que no faltaria jamas, que nunca prevalecerian contra ella las puertas del infierno, y al otorgar á los Pastores, bajo el gobierno de Pedro, el sublime poder sobre la doctrina y las costumbres, dió por garantia de infalibilidad á ellos la solemne promesa de una asistencia eficaz, constante y perpetua: "Yo mismo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos." He aquí por qué es una verdad católica que la Santa Iglesia no puede errar nunca ni en materia de fe, ni en materia de moral, y por consiguiente, que en su magisterio y gobierno descansa todo el edificio de la sabiduría y de la santidad. Si la Iglesia pues no es capaz de errar cuando define y explica los dogmas, ni cuando regula las costumbres, todos nosotros tenemos un medio segurísimo para no errar nunca ni extravíarnos jamas: ¿en qué? el de creer todo y solo aquello que la Iglesia nos propone, y cumplir con fidelidad sus preceptos. Luego en la Iglesia están y solo en ella la fe, la esperanza y la caridad; en la Iglesia está y solo en ella el medio de amar y servir á Dios en esta vida para verle y gozarle en la otra; en la Iglesia está la salvacion, y nunca fuera de ella.

18. No me detengo, hijos míos, á explicaros más ni los objetos sobre que versa ni los fundamentos en que descansa la autoridad de la Santa Iglesia, por haberos anticipado ya en mi tercera instrucción de esta primera parte la doctrina correspondiente. Allí os expliqué los fundamentos dogmáticos de esta autoridad, el carácter histórico de esta institución, la infalibilidad propia de este magisterio, la necesidad imprescindible y absoluta de someterse á la Iglesia para salvarse. Resumiendo pues brevemente lo que os llevo explicado, véis que hai una verdadera Iglesia, cuyos primeros fundadores fueron los apóstoles, cuyo instituyente fué el mismo Jesucristo: que esta institución es, no solamente un hecho, sino también un dogma de fe, y por lo mismo está consignado en el noveno artículo del Símbolo: que es un dogma de fe, porque en esta institución figuran elementos estrictamente dogmáticos, pues creemos que su Fundador es Dios y hombre verdadero, que su autoridad es divina, que es depositaria de la verdad, regla de las costumbres, distribuidora de las gracias, condición del merecimiento y puerta de la gloria: que su potestad lo mismo que su origen viene de Dios y no puede venir de otra parte: que esta potestad es universal, constante y perpetua, y no puede ser desconocida sin renunciar á la filiación católica, y por tanto á la eterna salud: que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, y como solo reúne tales caracteres aquella que mira en Roma el centro de la unidad católica, no hai otra Iglesia que la romana: que siendo el objeto de su institución propagar la fe y conservarla, sostener la esperanza con la distribución de los Sacramentos y afirmar la caridad proveyendo al exacto cumplimiento de la Ley divina, y habiendo encaminado Jesucristo á esto su misión en la tierra, la Iglesia es la depositaria de su poder y de sus merecimientos: que estando regida constantemente por Jesucristo é iluminada siempre por el Espíritu Santo, no puede engañarse ni engañar tampoco en la doctrina de la fe y de las costumbres: que ella es por tanto la regla de nuestra fe, la intérprete de la revelación, la maestra de la verdad y el camino único para la vida eterna.

19. ¿Qué mas pudiérais apetecer, hijos míos, para sentirnos excitados vivamente á considerar la grandeza de esta institución, á descansar tranquilos en la infalibilidad suprema de este magisterio, á colocar vuestra esperanza en vuestra íntegra sumisión á este poder instituido en la tierra para abrir á los verdaderos fieles las puertas de los cielos? Sed pues unos verdaderos hijos de esta Madre Santa; sed unos discípulos aprovechados de esta Maestra divina; sed unos miembros dignos de ésta que es la Esposa de Jesucristo: guardad siempre una entera subordinación á ella, teniendo presente que en su voz escucháis á Jesucristo, que de su mano recibís los tesoros de Cristo, que en su espíritu tenéis la vida de Cristo, y que si oréis su palabra, y veneráis su autoridad, y aprovecháis su ministerio, y cumplís su ley, la muerte misma, quitándoos de la tierra, no será capaz de apartaros de su seno: dejaréis solamente de pertenecer al número de los fieles que aun militan; pero, ya bajando al lugar de la purificación y acabando allí de satisfacer, ya partiendo rectamente sin hacer esta posa, vendréis por último á colocaros en el escogido y predilecto cuerpo de la Iglesia triunfante.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## TRIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

## SOBRE LA COMUNION DE LOS SANTOS.

*Sicut enim corpus unum est, et membra  
habet multa, omnia autem membra corporis  
cum sint multa, unum tamen corpus sum:  
ita et Christus.*

Porque así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros con ser muchos, son un solo cuerpo: así también el Cuerpo místico de Cristo.

I Cor. Cap. XII, v. 12.

1. El noveno artículo del Credo, hermanos míos, que dice: *Creo la santa Iglesia católica y la comunión de los Santos*, contiene, como véis, dos partes; una que consigna el dogma de la Iglesia en su totalidad, y otra que expresa el de la comunión de los Santos. He dedicado la precedente instrucción al primero de ellos, y ahora debo tratar del segundo para dar cabo á mi explicación doctrinal del mencionado artículo. Hállanse reunidos en éste ambos dogmas, porque, aunque distintos entre sí, están enlazados, por explicarme de esta suerte, como el principio lo está con su inmediata consecuencia; siendo cierto que esta comun y recíproca participación de bienes espirituales, expresada con el nombre de *comunión de los Santos*, nace precisamente de nuestro carácter de cristianos y miembros de la Iglesia católica.

2. Habéis visto, desde las primeras ideas que nos da la palabra *iglesia*, que significa *vocación de muchos á un lugar, sociedad de los fieles*, hasta las circunstancias mas características de esta institución, que toda ella constituye una verdadera sociedad, siendo consecuencia forzosa de este carácter la participación comun de beneficios entre todos los miembros que la constituyen. La Iglesia, compuesta de todos los fieles esparcidos por el Universo, no por esto se diversifica, parte ó divide, sino que es